

El náufrago de la santa

JEREMIAS GAMBOA

El motivo principal de la última novela de Peter Elmore, *El náufrago de la santa*, es un desaparecido cuya participación en la solución de la trama consistirá precisamente en la enunciación de un discurso mitad demencial y mitad infantil que absolverá un misterio. Los locos definitivamente tienen peso en el mundo ficcional de Elmore. Muchas de las acciones clave de este libro se suceden en los pabellones de la clínica para enfermos mentales Larco Herrera y se revelan en los dibujos y pinturas que, tanto el náufrago como un personaje llamado Pintor —otro orate— realizan para referir una realidad críptica y extraña.

Quienes conozcan las novelas de Peter Elmore podrán decir que este tipo de asuntos no son nuevos en su trabajo, y sin duda tendrán razón. En su novela anterior, *El fondo de las aguas* —el mar vuelve a protagonizar su trabajo— un profesor de matemáticas llamado Santiago Urbay encuentra en la calle a un hombre herido que luego desaparece sin dejar rastro. Urbay empieza un recorrido peligroso e insomne por una ciudad alterada que parece sumirlo en el delirio y el frenesí y que por momentos raya con la locura. Si a ello sumamos las novelas anteriores —*Las pruebas del fuego* y *Enigma de los cuerpos*—, escritas en clave policial, en donde la pérdida de un cuadro o de un hombre cuyos restos aparecerán en pedazos por la ciudad de Lima activan la pesquisa y la acción narrativa, podemos decir que en el mundo que Elmore viene delineando en la ficción siempre algo se pierde o desaparece.

Primero fueron objetos, o cuerpos del delito, y luego personajes, a veces presentes en cuerpo, sí, pero sin memoria o sin pasado o sin aparente filiación. Acaso el más delineado de todos ellos sea el macilento y silencioso muchacho —mezcla de ave, de felino, de figura de Puvis de Chavannes y a la vez de “ahogado más hermoso del mundo”— que aparece en la Dársena del Callao el día en que se celebraba a Rosa de Lima —30 de agosto— en 1947, y que por un extraño fenómeno no llega a morir pese a que está muerto sino que sobrevive bajo circunstancias que la ciencia no puede explicar. Ese mismo hombre, encontrado por un joven médico llamado Enrique Marrou, y al que llamarán Ismael como homenaje al personaje de Mody Dick de Melville, es sin duda el último avatar de esa estirpe. Y tiene el co-



El náufrago de la santa

Peter Elmore

PEISA

Lima, 2013

214 páginas

razón —físicamente— en el lugar en que no lo tiene nadie.

El náufrago de la santa se inicia así, con esa extraña aparición o la llegada a Lima de alguien que parece provenir de un orden de cosas bastante distinto del de nuestra realidad. Parece venir de otro mundo, aunque genera una relación particular con el médico que lo rescata, y de pronto su presencia empieza a tener relación con una serie de eventos extraños que van enrareciendo el clima de la novela hasta colocar a la realidad ficticia en un plano ambiguo y disociado de sí.

Desde sus primeras páginas, una vez que el enigma de su procedencia se instala —nadie lo reclama, parece no tener familia, no habla y se comporta como si fuera de otro mundo—, la historia con minúsculas y la Historia en letras grandes se disparan como proyecciones de un mismo cuerpo que crece en planos paralelos: el del doméstico y personal de los seres que de forma involuntaria rodean al náufrago y que establecen vínculos humanos sostenidos por elementos de la novela romántica y el drama familiar, y el de la propia realidad peruana, detallada de un modo prolijo con su tono de época y destinada, más bien —y a contrapelo

del efecto “extrañador” —a inscribir los hechos en un período preciso de la realidad del país. No sorprende del todo.

En *El náufrago de la santa* se presenta en un contrapunto que enlaza la experiencia personal de esa suerte de gemelo positivo del náufrago y probablemente su personaje principal —el médico Enrique Marrou— con los sucesos fechados y aparentemente independientes de la Historia peruana. La enumeración detallada de los eventos de época, hábilmente dosificada a través de partes de prensa y de algunos comentarios ligeros e idiosincráticos, no dejan de generar perplejidad cuando coexisten con una trama que se va contaminando cada vez más de la naturaleza de lo fantástico, si entendemos lo fantástico como la extrañeza misma de lo real. Este contrapunto genera que la ficción ocupe diferentes planos de la realidad y nos someta a una experiencia cambiante y proteica: de la ficción histórica realista al pasaje costumbrista y de ahí al clima fantástico.

Quizás lo más profundo o lo más sobrecogedor o revelador de esta novela es la estirpe misma o el centro de este personaje, o de esta presencia —el náufrago— que convoca y desata los males y trasfondos de la acción de esta novela tan trabajosamente repujada y tan bien escrita. Me animaría a decir que en los dos últimos libros de ficción de Elmore el centro existencial del universo de la ficción lo encarna un ser extrañado de la realidad o divorciado de ella que no se halla del todo en una ciudad, aunque paradójicamente esa ciudad —siempre Lima— lo obsesione o lo defina. Una ciudad que es elusiva, y a la que nunca termina de llegar. O de volver.

Desde que empezó su labor de crítico —*Los muros invisibles*—, Peter Elmore se interesó mucho en estudiar las representaciones que, de la ciudad, habían ofrecido varias novelas representativas de nuestra tradición literaria, algunas de ellas escritas en el radio social y cultural de esa ciudad de Lima que ahora recrea y construye en la ficción.

Lima es una ciudad que obsesiona a Peter como objeto de ensayo y como escenario de ficción. La ha trabajado con precisión en el policial, con ejercicio de proyección e imaginación en la novela histórica y como escenario algo onírico, algo gótico, muy literario y paranormal en las ficciones últimas, de las que *El náufrago de la santa* destaca con claridad.